



¡Ilustrar un escrito! ¿Se llama ilustrar un escrito a ponerle dibujos... explicativos? ¿Explican realmente los dibujos al texto? ¿O no lo complican más bien? ¿No sería mejor no pretender encadenar así la imaginación del lector? En el caso de que la tenga, por supuesto...

En las novelas nos gustan poco, muy poco, los grabados. Preferimos representarnos a nuestro modo a los organistas de ella. Y en la historia cuando son de fantasía... Eso de que en una Historia de España, por ejemplo, nos pongan a un tío — así les llama la gente a esas figuras — chato o narigudo, que pretende representar a Indibil o a Mandonio o a Ataulfo... Menos mal si se trata de Caín o de Abel, que después de todo son personajes simbólicos...

¿Por qué se llama revistas *ilustradas* a las que se nos presentan con *monjes, santos o tios*? O monigotes. Palabra que es un diminutivo de monago, monaguillo o monacillo, el cual a su vez equivale a frailecito o pequeño monje. La cosa es sabida... Eran santos, imágenes religiosas, monjes, lo que primero se representó. Es decir, ¡primero no! Primero fué animales, como se ve en las pinturas y los grabados rupestres, los de las cavernas del hombre troglodítico. Pinturas que fueron evolucionando. Quién había de decir que **no** haya podido venir de la tosca reproducción de un hombre sentado en cucullas; así: 

Un amigo nuestro que vive hace años en esa República Argentina y que ha visitado rancherías de indios chaqueños nos contó que en la iglesia de un pequeño poblado de indígenas se encontró con un grabado, en color, de *La Lidia*, revista tauromáquica española, en que se representaba al que fué torero don Luis Mazzantini, y ahora es gobernador de provincia. Merced a su traje de luces nuestro don Luis fué canonizado por aquellos indígenas del Chaco. ¡Y luego dirán que el hábito no hace al monje! Monje o torero, ¿qué más da? ¿No es la santidad acaso un torero a lo divino?

Volvamos a lo de la ilustración. ¿Por qué? «Es que las cosas tienen que entrar por los ojos» — dicen. Y es verdad. Y como hay tantos lectores que no oyen lo que leen, sino que lo ven...

He aquí un problema psicológico: leer ¿es ver o es oír? Lo que la experiencia nos enseña es que muchos de los escritores que pasan por oscuros es porque *dicen, hablan* lo que escriben y no sólo lo *dibujan*, y los lectores no suelen oír sino ver lo que leen. Al que esto escribe le ha ocurrido demostrarle a alguien que *nada* tenía de oscuro, como se le dijo, algo que escribió, con sólo leérselo él — que es un excelente lector — al que le acusaba de oscuridad, y luego decirle: «es que usted, señor mío, lee sólo con los ojos y no con el oído».

Huimos del cinematógrafo. No podemos resistir esas escenas mudas en movimientos zigzagueantes y esquivados. Y cuando aparece en la pantalla una inscripción en que se escribe lo que ha dicho o lo que va a decir

la figura muda, nuestra impaciencia se exaspera aún más. ¡Es horrible! Preferimos las historietas completamente mudas. Pero si al cinematógrafo acompañase un fonógrafo la cosa sería muchísimo peor. Porque se daría el caso de que una u otro, la cinta cinematográfica o el disco fonográfico se adelantaran o se retrasaran recíprocamente, y... ¡el disloque! Disloque de verdad.

El texto y la ilustración gráfica son entre sí valores muy parecidos al del fonógrafo y el cinematógrafo combinados y puede darse que se adelanten el uno o el otro.

El que estas vagas reflexiones os dirige, lectores, dibuja además que escribe y hasta dibujaba mucho antes que se hubiese puesto a escribir y publicó caricaturas antaño. Pues bien, si se le pidiese que ilustrara un escrito suyo se vería perplejo para hacerlo. Le sería mucho más fácil escribir un texto para comentar unos dibujos que hubiese antes recogido de la realidad visiva, que no hacer dibujos para comentar un texto previo a ellos e independiente.

Una vez sólo se nos ha ocurrido *ilustrar*, con una portada simbólica y... truceñenta, una novela nuestra: *Abel Sánchez*. Y aquel Caín simbólico y aún algo cabalístico, en colores chillones y detonantes, de una desarmonía buscada, desagradó a los más de los que tomaron el libro para verlo y no para oírlo. Y acaso a muchos de los que lo hayan oído les haya repugnado lo que ahí se dice no menos que a los videntes les repugnó lo que en su portada va pintado. Pero es que la cosa es sí... Y las gentes huyen de la tragedia, cuando ésta es íntima. A pesar de lo cual reincidiremos en experiencias como la de nuestro *Abel Sánchez*.

Lo que ha venido salvar la *ilustración* ha sido eso del cubismo. Porque los dibujos cubistas no se ven, se oyen. Un sordomudo no se enteraría bien de un di-

bujo cubista. Ni uno que oiga bien tampoco, como no oiga cúbicamente. Porque el cubo tiene tres dimensiones: longitud, latitud y profundidad, y los más de los que oyen no saben oír más que en una sola dimensión porque sólo oyen melódicamente, en el tiempo lineal. ¡Pero el que sabe cubicar el tiempo!...

¿Cubicar el tiempo? ¡Claro! La hora de tiempo lineal tiene 60 minutos; la hora de tiempo superficial, cuadrado, tiene 60² (60 x 60) o sea 3.600 minutos, y la hora voluminosa, cúbica, tiene nada menos que 60³ (60 x 60 x 60) o sea 216.000 minutos. Esto es habilidad y lo demás... ¡música! ¿No han oído ustedes hablar de música cubista? Pues la música cubista es eso, música que se desenvuelve en tiempo voluminoso, en horas de 216.000 minutos cada una.

Y basta de... ilustraciones. Les prometo a ustedes, lectores, mandarles un día un artículo con ilustraciones... ¡tetraedristas! O mejor de esqueleto de tetraedro. El esqueleto del tetraedro son cuatro rayas que irradian de un punto formando ángulos iguales y en las tres dimensiones del espacio.

RECOGIDO EN "De esto y de aquello" tomo II



Para CARAS Y CARETAS.